

ALMA HIRIENTE

Ardel

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1.

La noche se ciñe sobre la ciudad de Badajoz, los últimos rayos de sol se esfuman y con ellos la vida de Carla. A su alrededor, en el Hospital Infanta Cristina, todos los miembros de su familia gritan impotentes de dolor, frustración y rabia.

Ausente en la esquina más alejada se encuentra Adrián, su nieto más joven. El cual mira la situación como si de un espectador ajeno se tratase, totalmente entumecido se muestra incapaz de sentir la pérdida. Por su mente solo pasa un pensamiento, encontrar al desgraciado que ha puesto fin a la vida de la mujer que le crio y le dio todo lo que tenía. Su yaya, una mujer entrañable de carácter fuerte y una determinación envidiable a la que pocas cosas de la vida se le resistían.

Con tan solo quince años fundó su propia empresa de repostería en el número veinte de la calle Zurbarán, muy próxima a la Catedral de San Juan Bautista. Eran otros tiempos, sin dinero y al cuidado de tres hermanos menores fruto de su huerfanidad no le quedó más remedio que buscar la forma de sustentar a su familia. Recordaba las recetas tradicionales que su madre le había enseñado durante la infancia y que a menudo le había ayudado a realizar, eso sumado a la buena mano que se le atribuía en la cocina le habían hecho decantarse por dicha opción.

Los comienzos fueron difíciles, era el año 1936, la Guerra Civil Española asolaba el país e inmersos en un conflicto de tales dimensiones la ciudad de Badajoz fue testigo de la desolación, el miedo y la represión que acabo con la vida de muchos civiles. En agosto de ese mismo año, el teniente coronel Yagüe partió con sus tropas hacia la ciudad, protagonizando la Batalla de Badajoz, un suceso que dejo conmocionados a todos sus habitantes.

Las calles de la ciudad no eran seguras, los pacenses vivían con miedo aquellos días y pocas eran las mujeres que se atrevían a salir a la calle por el temor a ser violadas. A su abuela no le quedo más remedio que posponer la apertura de su pastelería y tuvo que aislarse junto a sus hermanos en un pequeño sótano oculto que poseía la vivienda. Gracias a la multitud de víveres almacenados pudieron subsistir.

Tras la Batalla, el paisaje era desolador, las casas fueron saqueadas y los gritos de dolor llenaron la ciudad. Años tuvieron que pasar para superar lo ocurrido, aunque aún hoy la ciudad no ha logrado olvidar aquello que sucedió entre sus muros. En la mente de todos aquellos que siguen con vida perdura lo ocurrido con tal nitidez que los sucesos que narran aterran

a quienes los escuchan.

Tiempo después su abuela abrió las puertas de su negocio consiguiendo poco a poco una clientela fiel más bien de carácter pudiente. Entre su amplia gama de dulces destacaban aquellos de origen extremeño como las perrunillas, los mantecados extremeños o la técula mécula, tarta muy afamada a la cual se le atribuye origen árabe y según cuenta la leyenda a mediados del siglo XX, los fundadores de la pastelería Casa Fuentes de Olivenza encontraron la receta. Según le había contado Carla a su nieto, un antepasado de la familia había estado casado con una de las hijas de los herederos de la receta que ha ido pasado generación a generación llegando así el ansiado secreto a las manos de la familia de Adrián.

Pero si había una época en la que la pastelería más proliferaba era en Semana Santa con la venta de rosquillas, tirabuzones, inflaos, pestiños o las famosas flores extremeñas bañadas en miel. Ya en 1970 la pastelería era todo un referente en el mundo de la hostelería y numerosos reposteros de todo el mundo viajaban a probar estas delicias para incorporarlas en sus propios recetarios. Así es como la yaya llegó a hacerse con un buen dinero que empleo en la ampliación de la pastelería y la contratación de nuevos empleados.

Ahora, en el año 2000, múltiples son los libros de gastronomía que hablan de ella e incluso ha participado en algún programa de televisión con espacios destinados a la cocina. Querida y respetada por gran parte de la población de nuestro país, así como del extranjero, esta mujer con fortaleza de hierro deja este mundo asesinada y causando un gran revuelo entre los distintos medios de comunicación. Porque si de algo está seguro Adrián es de que su abuela jamás se habría quitado la vida y es por esto que promete descubrir toda la verdad, aunque para ello se vea comprometida su integridad y la de sus más allegados.

Capítulo 2

Capítulo 2

11 de noviembre de 2013.

Trece años han pasado desde aquella fatídica noche. Adrián visita la tumba de su abuela siguiendo la tradición de cada año. En su mano izquierda, sus dedos se aferran a un ramo de rosas blancas, sus favoritas. Aún no ha encontrado a la persona que puso de patas arriba la vida de su familia, pero está cerca, este rompecabezas por fin parece llegar a su fin.

Deposita las flores junto a la lapida y retira aquellas que con el paso de los meses se han marchitado. No ha podido olvidar ni un detalle de aquella macabra escena, una vez más, revive lo sucedido.

11 de noviembre de 2.000; 16:30 horas de la tarde.

Adrián se dirige a casa de su yaya como cada tarde. Al pasar por el parque San Francisco se para en el pequeño quiosco central y compra la revista "El diario" de la que su abuela es gran seguidora. La ojea rápidamente pues tiene prohibido leerla dado que en ella se narran los crímenes más perfectos. Nunca ha entendido la fijación que siente su abuela por este tema, pero con el paso de los años ha de confesar que él mismo siente curiosidad por el desenlace de cada uno de los casos que se plantean.

Rodea el parque y llega a la plaza Minayo desde la que se dirige a la calle Martín Cansado. Debido a la cercanía de su destino decide cerrar la revista, las calles tienen mil ojos bien lo sabe él y no desea que su yaya le eche un buen rapapolvo por hacer aquello que no debe. Una vez llega a casa de su abuela, se para junto al portón y golpea con sumo cuidado la puerta con la aldaba a la que apenas alcanza. Permanece allí parado durante unos minutos a la espera de una respuesta que nunca llega hasta que al finalmente empieza a cuestionarse la presencia de su abuela en la casa. Motivo que le lleva a plantearse el lugar donde podría estar puesto que a sus 79 años acarrea problemas de artrosis que dificultan su movilidad. Tras analizar las posibles opciones se decanta por la pastelería que ha regentado la mayor parte de su vida y que ahora sin más remedio ha tenido que ceder a sus hijos. Allí espera encontrarla, no tarda mucho en llegar ya que se halla un poco más arriba en la misma calle.

Encuentra la puerta cerrada, por suerte el escaparate está descubierto y a través del cristal observa el interior de la tinada ayudándose con sus manos y consiguiendo zafarse del reflejo de un sol que a esas horas de la tarde resulta casi cegador. No parece haber nadie entre aquellas cuatro paredes, aún es temprano para que los empleados acudan a cumplir con

su trabajo pero algo atrae la atención del joven. En el suelo junto al mostrador parte de un pañuelo floral de los que su abuela suele llevar anudados al cuello asoma junto con lo que parecen ser cabello.

Inquieto el niño intenta nuevamente abrir la puerta la cual en esta ocasión cede sin apenas esfuerzo al tirar de la manija. Con temor a lo que pueda encontrarse avanza despacio hacia el mostrador, a medida que se acerca puede discernir mejor la imagen. Su abuela yace inmóvil en el suelo, de su brazo brota la sangre que baña sus ropas y delantal.

Es entonces cuando Adrián reacciona y recuerda haber visto en una serie un caso similar en el que un enfermero ataba una gasa con todas sus fuerzas en la pierna de un señor, la cual se había quedado previamente atrapada bajo un hierro. Va a la cocina y busca un trapo para poder imitar así la acción anteriormente descrita. Acto seguido sale a la calle y golpea en la puerta de la vecina más cercana contándole lo sucedido. La mujer que no da crédito de lo que oye llama a emergencias y va a comprobarlo por sí misma, tal fue el grito que dio que alerto a todos los vecinos que no tardaron en arremolinarse alrededor de la puerta.

Los servicios sanitarios no tardaron en llegar y trasladar a su abuela al hospital. Doña Rosario, que así se llamaba la vecina, se hizo cargo del pequeño mientras avisaba a sus familiares que en algún momento de la tarde pasaron a recogerlo.

Después de eso, lo único que recuerda es el olor químico y antiséptico del hospital. Las carreras de los enfermeros que acuden a atender sus demandas, el ruido, la sensación de frío, las miradas que le dedican sus tíos, sus primos... y todos aquellos que no se atreven a preguntar por cual pueda ser su respuesta.

Finalmente, silencio. La ausencia de ruido, aquel que emitía la maquina a la que se encontraba conectada su yaya. La muerte.

Capítulo 3

Capítulo 3.

12 de noviembre de 2000.

Los primeros rayos de luz entran por el gran ventanal del salón iluminando toda la casa. Poco a poco los familiares y amigos más allegados van llenando la sala. Presidiendo el salón se encuentra el féretro de Carla, a su alrededor, un centenar de flores, velas y algunos mensajes de cariño adornan la estancia.

Su familia, se encuentra dispersa por la sala. Julián, el primogénito, atiende las llamadas alejado del gentío. Lleva todo el día al teléfono ultimando los detalles para dar el último adiós a su madre. Su mujer, Leticia, se encarga del cuidado de los más pequeños de la familia brindándoles todo su apoyo y cariño e intentando hacer estas horas más llevaderas. Ella nunca tuvo buena relación con su suegra, aunque le apena su muerte, aún no logra entender que llevo a una mujer que lo tenía todo en la vida a poner fin a la misma. Aunque si se para a pensarlo los últimos meses la notaba ausente, respondía escuetamente a las preguntas y ponía su salud como excusa para no realizar comidas familiares.

Con mirada ausente, Iñigo, padre de Adrián, observa el cuerpo inerte de su madre. Ha sido siempre el hijo que más dolores de cabeza le ha dado. A los 16 años empezó una relación con Flora Marín que tan solo tres años después termino con el nacimiento de su único hijo y la muerte de su esposa. Desde entonces Carla se hizo cargo del pequeño al que educo a su imagen y semejanza.

Resuena la campana, la ceremonia está a punto de comenzar y todos se sitúan en el centro de la estancia. El cura comienza la misa con la lectura del segundo libro de los Macabeos 12, 43-46.

Fuera en el portón principal una mujer se debate entre alejarse o entrar y cambiar su vida y la de los allí presentes para siempre. Se trata de una mujer joven de nariz achatada y boca pequeña con labios finos que destaca por su belleza aunque hoy esta se ve enturbiada por sus ojos lagrimosos y tristes. Mantiene un perfil bajo e intenta alejarse de cualquier mirada que pudiera reconocerla. Por su cabeza solo pasa un pensamiento, ella es la culpable de la muerte de Carla, ella la asesino. Presa del miedo huye de esa casa que tantos recuerdos hacen aflorar en su cabeza, los mismos que de salir a la luz podrían acabar con ella, se lamenta por no cumplir con su palabra y revelar la verdad. No, no puede hacerlo, por ello corre antes de ser descubierta y se camufla entre todas aquellas personas que se reúnen en las calles de una ciudad, hoy sumida

en duelo.

Mientras en la casa la misa llega a su fin. Iñigo se acerca preocupado a su hijo ya que éste no ha mediado palabra alguna con nadie en toda la mañana.

— ¿Cómo te encuentras? — pregunta mientras acaricia la mejilla de su pequeño y piensa en lo dura que resulta está perdida para él.

Adrián apenas levanta la mirada del suelo y se muestra aturdido ante las palabras de su padre, de mala gana le contesta pues a pesar de siempre haber sido un padre distante sabe que se preocupa por él y que sus ausencias se hallan justificadas por su trabajo por ello no le culpa pues siempre ha tenido todo lo que ha necesitado gracias a él.

— La echo de menos — Contesta afligido el joven — se me hace difícil pensar que no volveré a verla. Tienes que decirle a la policía que busquen a su asesino, ella no fue papa, ella nunca me haría esto.

Iñigo siente lástima, sabe que debe hablar con su hijo sobre el suicidio de su abuela y quitarle de la cabeza esas ideas absurdas que vienen seguramente infundadas por las revistas que su madre leía y a las que estaba seguro había aficionado a su pequeño. Aún no les habían comunicado los detalles de la autopsia pero él mismo pudo apreciar los cortes que se había producido su madre en la muñeca y que no dejaban lugar a dudas. Debía pensar el mejor modo de abordar el tema y cuanto antes. Se había incluso planteado llevar a Adrián a un psicólogo, por miedo a que esta experiencia traumática termine en un futuro derivando en un trauma y perjudique su salud mental.

— Papa sé que no crees lo que te digo, pero si la policía no busca a su asesino yo lo haré y os demostraré a todos que estabais equivocados y que yo tengo razón. — Su tono denota una determinación férrea que incita a pensar que realmente cumplirá con su palabra.

Capítulo 4

Capítulo 4.

14 de abril, 1940.

Es una noche oscura, las estrellas apenas brillan en el cielo quizás como presagio de aquello que acontecerá tan solo unas horas más tardes.

00:40 a.m.

Sala 105, Hospital Perpetuo Socorro, una mujer aquejada por fuertes contracciones es trasladada a paritorio. Allí las labores de parto se alargan unas cuatro horas hasta que finalmente llega al mundo un niño de cabellos dorados y grandes ojos que observa por primera vez el mundo que lo rodea.

Su madre, rompe en llanto al verlo y alarga sus brazos intentando cogerlo. Para su infortunio las enfermeras se llevan al recién nacido lejos de ella alegando que es necesario realizar una serie de pruebas de carácter común tras el alumbramiento.

La madre pide verlo tan solo un minuto antes de que se lo lleven pero haciendo caso omiso las enfermeras abandonan la sala con el crio en brazos. Horas después regresan para comunicar la fatal noticia, su hijo ha fallecido. El motivo, las deformaciones de sus pulmones a causa de un nacimiento prematuro. Desolada apenas escucha el resto de palabras que en los próximos minutos son derramadas a su alrededor.

En un momento dado sin apenas ser consciente de la solicitud que llega a abandonar su boca, pide que avisen al hombre que espera fuera. Lamentablemente es informada de que el mismo se fue nada más ser ingresada.

Abandonada y presa del dolor por el fallecimiento de su primogénito pierde el conocimiento y cae al suelo.

Al día siguiente entre la nube de confusión creada por los distintos tranquilizantes que le han suministrado regresa a casa.

04:30 a.m. Sala de espera.

Un caballero espera junto a su mujer la llegada de las enfermeras. Ella se muestra intranquila nadie ha salido aún para informarles de cómo está yendo el parto. Esta podría ser su última esperanza, nunca perdonara a su marido pero quizás el dolor de su humillación se vea recompensado al

cumplir por fin su sueño de ser madre.

Su marido, un señorito e importante empresario pacense hace unos meses que le confesó su hacer con una joven de la ciudad. Se habían citado en la clandestinidad varias ocasiones y fruto de este escarceo amoroso nacería su bastardo.

No había resultado fácil sobornar a buena parte del personal del hospital y conseguir así que les entreguen al bebe pero ya se sabe que el dinero todo lo compra.

En el fondo siente lastima de la mujer a la que le será arrancada la oportunidad de mecer en brazos a su hijo. Está absolutamente convencida de que su marido la embaucó con palabras bonitas y ella habría acabado rendida a sus encantos. Es por ello que no la culpa, ella misma fue víctima en su juventud del mismo galán que años más tarde la llevaría al altar y rompería la magia de su amor a base de aventuras y noches de ausencia.

Piensa en que de no ser por su procedencia de familia adinerada y prestigiosa podría ser ella la que hoy estuviera en esa sala siendo privada de su maternidad y se le revuelve el estomago. Esa mujer no será testigo jamás del crecimiento del fruto que dieron sus entrañas, no le vera pronunciar su primera palabra ni podrá caminar por las calles de su mano. Le asaltan una vez más las dudas pero rápidamente todo pensamiento queda desechado, hace tiempo que la desesperación se apodero de ella y su razón ya no entiende de arrepentimiento.

A su lado su marido se lamenta mentalmente por destrozar a la única mujer que realmente ha amado. Sabe que la pérdida de su hijo la destrozará y más aún por el hecho de no encontrar consuelo entre sus brazos. Hoy han entrado de la mano con la promesa entre ambos de un futuro juntos, no le ha quedado más remedio que hacer de tripas corazón y fingir la alegría aun sabiendo que sería la última vez que la viera. A pesar de que ella no lo vaya a entender no tiene otra opción, de cumplir con su promesa su mundo se desmoronaría y todo por lo que ha trabajado se iría a pique. La familia de su mujer tiene gran influencia y en caso de salir a la luz la verdad tal y como amenaza su esposa si no es concedido su deseo, él quedaría destinado a la miseria. Siempre lo ha sabido jamás podría abandonar a su esposa aunque entre ambos exista desprecio pues en esta época una separación resulta impensable.

Con rostro sereno intenta aparentar calma y se muestra impenetrable aun cuando su corazón hoy ha quedado malherido al renunciar a su amor. Sin duda este será el motivo por el que vivirá con la desdicha de ser infeliz toda su vida. Su único consuelo es el hijo de ambos que promete cuidar y educar a la imagen y semejanza de su madre. Una mujer rompedora con las trabas de su época, emprendedora y luchadora que sin duda

encontrará la manera de seguir adelante. Quién sabe si algún día él hallará el valor de confesar su pecado y podrá redimirse.

El silencio queda cortado por el llanto de un niño que minutos después abandona el hospital en brazos de esos dos desalmados.

Capítulo 5

Capítulo 5.

8 de marzo, 2011.

Adrián se encuentra sentado en el salón de Doña Rosario, han pasado muchos años desde el fatal desenlace de su abuela pero recién graduado en el Máster de Ciencias Forenses está más decidido que nunca a desentrañar la verdad.

Observa a su alrededor, se trata de una casa acogedora y agradable. Las paredes tienen un tono amarillento fruto de la dejadez de su inquilina a la hora de pintarlas, en un lateral una pequeña ventana deja entrever los últimos rayos de sol. Una pequeña mesa se encuentra en el centro de la sala, sobre su superficie destaca un enorme jarrón de porcelana gris del que sobresalen margaritas blancas y rosas. Dos humeantes tazas de café llenan la estancia de un agradable olor que inunda sus sentidos.

Pronto anochece y Adrián no tiene mucho tiempo es por ello que decide comenzar con las preguntas. No quiere resultar entrometido motivo por el cual debe ir formular cada una de ellas con mucho tacto. En primer lugar, finge estar interesado en cómo le va a sus hijos y los guapos que están sus nietos hasta que minutos después se lanza a obtener la información que ha venido buscando.

- ¿Doña Rosario, usted pasaba mucho tiempo con mi abuela, verdad? Aún recuerdo cuánto le apenó su inesperada ausencia. ¿Podría usted contarme aquello que recuerde de sus últimos días? Ya sabe usted que yo era muy pequeño y mi mente tiene vacíos que nadie consigue llenar, me gustaría poder recordar todo aquello que hizo antes de partir. - Adrián espera callado y no despega la mirada de una muy mayor Doña Rosario que parece meditar su respuesta.

- Han pasado muchos años y la mente de esta vieja ya no es lo que era hijo. - desvía la mirada hacia abajo a la derecha.

Adrián, capta este gesto que ante los ojos de cualquiera pasaría inadvertido pero no para su ojo sagaz que ha sido entrenado durante muchas horas para realizar una correcta lectura corporal. Es por ello que sabe que Doña Rosario está midiendo mentalmente las consecuencias que tendrían bien en su vida o en la de él sus posibles respuestas. ¿Es posible que quiera ocultar algo?

- Recuerdo que tu abuela aquella mañana vino a verme, esperaba una carta y ante la tardanza de la misma se imagino que como había ocurrido

en más de una ocasión el cartero me la había dejado a mí.

La carta procedía de Francia y por lo poco que me contó era de un amigo con el cual había retomado el contacto recientemente y se carteaban compartiendo algunas recetas.

Realmente estuvo poco tiempo y apenas cruzamos unas palabras pues llegaba tarde a misa de doce. Lo que paso aquella tarde fue una autentica desgracia, ningún niño debería pasar por ese trago. – Los ojos de Doña Rosario se humedecen ante el recuerdo.

Adrián no quiere ahondar en su dolor y decide retirarse no sin antes prometer que regresara para visitarla. Abandona la casa y mientras pasea hasta la plaza siente que son muchas las preguntas que han quedado pendientes y no sabe muy bien por qué pero no puede quitarse la sensación de que algo le ha sido ocultado.